

EL COSTURERO

Maria Sergia (Guiral) Steen

Universidad de Colorado, Colorado Springs. EE.UU.

Me lo traje cuando se murió. Contenía tipos de hilos inimaginables, de distintos colores. Cuando me visitaba, lo primero en su agenda era ir a comprar hilos ‘mercerizados’. Por las tardes, se ponía a hacer ‘sus labores’, disfrutando de tenerlos ‘todos’ a su disposición. Se diría que era un juego de aventuras y colores. Los había de nilón y de algodón, de hilo muy fino y más grueso, de color azul más oscuro y más claro. En fin, era un mosaico, un arco iris de gran espectro y profundidad.

En su casa, parientes y vecinos sabían muy bien que el momento después de la sobremesa, era sagrado.

—No. Este me parece demasiado oscuro y no le va— Se la oía comentar—.

—Vaya. Ya habrán cerrado los de la sedería porque hay rojos de rojos y no me podía imaginar que la falda de Adela era de un rojo tomate tan chillón.

Además, no eran solo los colores y grosores lo que llamaba la atención, sino que estaban colocados en perfecto orden. Así como apetecibles caramelos, agrupados por el sabor y por su tamaño. Al llegar la tarde y disfrutar de su momento, se la veía iluminada. Parecía una rutina contraída de la que no se podía separar.

Pero había más: era extraordinariamente creativa y la vida no le había procurado los caminos apropiados para su desarrollo, aunque ella, sin saberlo, los había encontrado. Tejía, diseñaba con su propia imaginación *jerseys* para niños de amigas, botitas de recién nacido y más. También practicaba el ganchillo de donde salían puntillas para juegos de cama y... *me olvidaba*

mencionar sus ‘centros de mesa’. A veces los toco porque sé que allí dejó ella su amor y energía. Unos son de ganchillo, ligeritos, y otros hechos con anillas unidas, cubiertas de un color beige. Mientras los creaba, se embarcaba en un sueño idílico.

Unos años atrás, fui a visitarla un viernes y la encontré haciendo la cena, cuando de repente el timbre sonó.

— ¿Estás visible? La vecina de arriba te quiere consultar algo.

Se quitó el delantal y acudió a la puerta.

—Dígame doña Rosa.

—Mire Elvira, he comprado un retal para hacerme una falda y no sé si me va a llegar.

—Pase, pase y tomamos medidas. ¿Ya llegó su hijo?

—Por eso quiero hacerme la falda. Me parece que soy yo la que va a ir a verlo. Tiene exámenes y la verdad que al pobre se le juntan los días y las noches empollando. No tengo más remedio que ser yo la que vaya.

—Creo que vamos a tener suerte doña Rosa. Si le corta la largura de aquí hacia arriba le sale la falda. Yo que usted lo haría. Aquí me tiene si no se atreve. Pase mañana sobre las cuatro cuando me pongo a hacer labores y en un periquete lo arreglamos. Además, le puedo dejar el hilo que le vaya a este color gris, por cierto, ¡muy elegante!

—Voy a ver si me atrevo y ya de paso, présteme el hilo porque yo tengo pocos y ninguno que le vaya a esta tela.

Se dirigió al cuarto de estar; fue al costurero y le habló al gris oscuro: “Mira, que si te dejo con la vecina, no pasa nada. En cuanto acabe te devuelve”. Lo oí sin creerlo.

Era curioso este comportamiento con sus hilos. Les hablaba, la entendían, o era simplemente su manera de entablar una conversación. ¿Cómo saberlo? La vecina salió y pasé al

baño. Yo había venido a traerle un pastel que le hice. Llena de curiosidad, me dio por seguir escuchando por la puerta entreabierta sin que se diera cuenta; seguía hablándoles.

—Adela, tú, Rojita, no me vienes a ver más que cuando se te ocurre. Y no entiendes que necesito oírte, ver que vestido y zapatos llevas y demás pequeñeces que me hacen feliz. En fin, conocer tus planes y poderte dar un abrazo, también. Y tú, Azul marino, Pedrito, no eres mejor. Me llamas de tarde en tarde y hace casi dos meses que no se te oye.

Dejé de intentar escuchar porque se había ido a la cocina y con el grifo abierto, no se entendía nada. Me quedé estupefacta por lo que dijo. Pedro es su hijo y Adela soy yo. ¿Qué estaba pasando? Pensé si se había vuelto loca. Pero no; ella tenía mucha imaginación y la usaba para resolver sus problemas. No me atreví a comentarle nada, pero al salir le dije: “Bueno, hasta pronto. Siento no tener mucho tiempo para charlar. La verdad es que estoy agobiada de trabajo”.

—No te preocupes. Yo tengo mis vecinos, mis labores y mis hilos.

Me di cuenta, más tarde, que eran los hilos sus conexiones con los otros y lo que la mantenía hermanada con otras personas por las prendas que habían recibido hechas por ella. Se trataba de amigos, vecinos o familiares. Así que sin duda representaban el cálido arco iris que le sustentaba su hacer diario y le nutría aquella poderosa imaginación. No; no estaba loca: *estaba sola*.

Y fue años más tarde, cuando me traje el costurero, el momento en que descubrí que cada uno de sus carretes era especial. Había un estuche en el que a cada bovina le quedaban unos pocos filamentos y llevaba un nombre. Por supuesto que allí estaban las del rojo tomate con el mío y el carrete azul marino con el de Pedrito; eran las pocas hebras que le sobraron después de hacerle unos pantalones a su gusto y de buena lana.

Cada color tenía su dueño: el marrón se llamaba, Ana, su prima. Le había hecho un abrigo corto para pantalones; el negro llevaba el de su tía Julia, la de Mallorca, que si bien recuerdo, le confeccionó una falda larga para que no tuviera frío en la residencia; los verdes, dos amigas que se le murieron: Paquita y Marisa. Les hizo unos *jerseys* por Navidad del color preferido, porque también tejía. Se les habían muerto los maridos y lo pasaban mal; el naranja representaba a su prima Pita de Madrid que murió del corazón y a quien le cosió una blusa estrenada unas semanas antes de su muerte. La sacó de una revista y le hacía mucha ilusión. El crema era el de su hijo Mariano, muerto de pequeño, al que también le hacía botitas de perlé donde abrigar sus pies diminutos; además, guardaba alguna de ellas en una caja. Nunca las lavó porque contenían los últimos ‘olores a niño’ del hijo tan querido. Los azul-claro pertenecían a Juan su marido. Remendaba su ropa de continuo debido a los desgarrones en las perneras o mangas; el gris representaba a su hermano menor Joaquín, muerto de cáncer y a quien quería como a un hijo—le había hecho un suéter de su color preferido para estar en casa— Recuerdo que se pasó horas tratando de terminarlo para el otoño. Bueno... hay algunos más pero desconozco los nombres.

Con todos había trazado una red de contactos; una red de memorias invisibles, subatómicas, si se quiere pensar *a lo Higgs*, que la mantenían no solamente unida, sino integrada con todos ellos. Lo adiviné por el monólogo escuchado y el hecho de que antes de morir me dijera: “Adelita, cariño, no dejes que nadie se lleve mi costurero porque allí estaré yo”.

A la vuelta, lo coloqué en el cajón donde guardo mis tijeras, agujas, dedales y demás. Lo visitaba a diario y le hablaba; no solamente a las bovinas de pocas hebras, sino a todos. Había dos estuches. Los del otro estaban casi completos y por alguna razón carecían de nombres.

Aunque sí, los hallé agrupados por tonos de colores y matices. Posiblemente reservados a nuevos proyectos suyos de los que quedarían filamentos de recuerdo.

Pero un día llegué a casa, la puerta abierta, la de atrás también y hasta la del jardín. Fui de cuarto en cuarto y en cada uno, no podía exhalar sino palabras de estupor al ver lo que faltaba— lo que alguien se había llevado—. En el cuarto de estar, por suerte, vi los estuches de hilos desparramados por la alfombra: *habían vaciado el costurero y se lo llevaron*. Allí meterían otras cosas para ellos más valiosas. Los hilos estaban intactos. Procedí a recogerlos mientras mi desconsuelo iba en aumento. Les dije que no temieran porque estaban a salvo.

Entonces, me vino la idea de continuar la conversación para que se calmaran, ya que los vi moverse de alegría y hasta hacían una cabriola que otra con el cabo final. No iba a permitir que se desconsolaran porque sabía que era allí donde ella moraba y desde donde seguía y sigue recordándome que está conectada a mis hilos *cerebrales y emotivos*. Por eso, hoy salí de compras y me traje un costurero del tamaño del suyo, más nuevo, de colores saltones. He puesto los hilos en otros estuches, alineados por más y menos hebras, porque sé lo que significaba el orden para ella y en su nuevo ámbito, me miran con agradecimiento. Bueno, quien me mira y habla es ella, correspondiendo a mi atención y al tiempo que les dedico a lo que fueron sus joyas. Por eso le dije:

—Mamá soy tu Rojita y te visito a diario para que me sientas, para que veas el traje, los zapatos y hasta las joyas que me pongo. Cuando te guste el conjunto, hazme un guiño con el cabo que quedó del rojo tomate— el que te sobró de mi falda—.

Y...en el fondo de mi subconsciencia, una voz suave susurraba: “Gracias mi amor”, mientras el hilo rojo tomate enroscaba su cabo diciéndole: “hasta luego cariño”.

